

Fábula y sitios de Hugo Chávez

Gustavo Valle

Hugo Chávez es un personaje francamente curioso. En 1992, cuando intentó derrocar al entonces presidente de Venezuela Carlos Andrés Pérez, escogió como cuartel general y sitio de operaciones un lugar poco convencional para estas cosas: un museo. Claro está, se trataba del Museo Histórico Militar de Caracas.

Los museos militares tienen un aire particularmente decadente. De niño me fascinaban: eran lo más parecido a una juguetería antigua. Pero ya adulto veo en ellos algo lastimoso, fantasmal. Todos, por supuesto, contienen, más o menos, las mismas cosas: exhibición de artillería, uniformes históricos, sables gloriosos, maquetas de grandes batallas, banderas, escudos, estandartes. Se trata de templos del orgullo patrio, capillas de la violencia olorosas a herrumbre, donde se rinde culto a la victoria bélica, al martirio de los héroes y a la soberanía nacional que hoy en día viene siendo una especie de xenofobia legitimada y mundialmente reconocida.

Estos museos militares se parecen mucho a los museos catedralicios. Son como aquellas sacristías y salas capitulares que abandonaron su función original para sobrevivir como espacios donde se atesoran los accesorios del obispo y demás miembros ilustres de la iglesia. Allí admiramos la belleza lujosa de la cofia de hilos de oro, la dalmática del siglo XV, el cáliz de plata peruana, el aceite famoso, los huesecitos del santo y sus deshilachados objetos personales. Las fuerzas armadas y las fuerzas espirituales se dan la mano en estos espacios expositivos, y estrechan su vínculo legendario a través de sus objetos históricos, que representan en ambos casos la instrumentación del dominio, la ostentación poderosa y el lavado (o decapitación) cerebrales.

Es, pues, en un museo donde Chávez se atrinchera y despliega su estrategia de golpe. Desde allí organiza el movimiento de sus correligionarios que intentan tomar los estratégicos medios de comunicación y el palacio presidencial de Miraflores, lugar donde Carlos Andrés Pérez gobierna, pero donde también pernocta, porque hacía tiempo que sus diferencias matrimoniales lo habían distanciado del lecho de su pareja, situado originalmente en la residencia presidencial de La Casona. Este detalle, propio del

talento de un espía ruso, no se le escapó al teniente coronel Hugo Chávez Frías a la hora de intentar hacerse con el poder y dar, además del golpe de Estado, un golpe de efecto: echarle el guante a Pérez, símbolo reconocible de la malnutrida democracia venezolana.

Resulta difícil imaginar un golpe de Estado dirigido desde un museo. Sin embargo, este museo militar (antigua academia de oficiales) está situado sobre la planicie de Cajigal, desde donde se puede dominar buena parte de la ciudad de Caracas, y donde también opera un observatorio astronómico y meteorológico que hace titánicos esfuerzos por acertar en sus informes y pronósticos del tiempo. La cercanía de un observatorio astronómico, siempre vinculado al despliegue estelar, el universo gigantesco y el cielo inabarcable, debieron dar fuerzas adicionales a Chávez, otorgándole la confianza y la ambición necesaria para llevar adelante su misión. La presencia de telescopios (uno de los tres inventos más importantes de la modernidad, según Hannah Arendt) era la metáfora inmediata de un éxito asegurado, científicamente medido, donde todo había sido tomado (y mirado) en cuenta, y nada, por más lejos que se encontrase, podía perderse de vista.

Yo me imagino al teniente coronel y paracaidista Hugo Chávez la madrugada del 4 de febrero de 1992 atrincherado en su museo, obligadamente nervioso, rodeado de armas antiguas, la culebrina del siglo XVIII, el cañón Schneider, junto a blasones legendarios, dando vueltas, girando sobre sí mismo, arrojando órdenes en ese espacio venerable, arropado de uniformes independentistas, amplias capas libertarias y mirando de reojo la colección de ejércitos en miniatura elaborados en plomo, que conforman diminutos batallones soñados y despliegan su fuerza triunfal sobre una maqueta polvorienta.

Como todo militar culto y aplicado, Chávez ama la historia patria con pasión edificante y hace de ella un verdadero teatro de operaciones, donde los relatos saltan de la somnolencia de las páginas para representar increíbles hazañas con gentes de carne y hueso. Quizás algo indigestado por la apropiación intelectual de tantas gestas y sagas y sucesivas revoluciones (sólo en Venezuela la historia registra 17 revoluciones)*, aquel voluntarioso teniente coronel se refugia en una especie de *Alte Pinakothek* de las glo-

* No resisto la tentación de reproducirlas aquí: Revolución del 19 de abril de 1812; Revolución independentista; Revolución de las reformas (1835-1836); Revolución popular (1846-1847); Revolución legalista (1852); Revoluciones liberal-conservadoras (1853 y 1854); Revolución de Marzo (1858); Revolución La Genuina (1867); Revolución Azul o Reconquistadora (1867-1868); Revolución de Abril de 1870; Revolución de Coro (1874-1875); Revolución Reivindicadora (1878-1879); Revolución de Queipa (1898); Revolución Liberal Instrumentadora (1899); Revolución Libertadora (1901-1903); Revolución del 18 de octubre de 1945.

Así, la original y prometedor revolución de Hugo Chávez vendría a ser la número 18.

rias venezolanas, donde las fronteras de la realidad, el pasado y la ficción parecen intercambiarse y trocar en un juego de maravillosos espejismos. Mientras afuera la batalla se manifiesta radicalmente real y sangrienta, y las balas atraviesan el amanecer de Caracas, tras los muros del museo todo descansa su sueño laureado, y las acciones bélicas lucen magníficas, como envueltas por un cierto halo mitológico, epopéyico.

Estoy seguro de que, de no haber escogido el museo militar, Chávez habría intentado su golpe de Estado desde algún otro lugar simbólico. Por ejemplo, desde el Panteón Nacional, lugar donde descansan las gloriosas cenizas de Bolívar. Situado en un lugar elevado sobre una ladera del cerro Ávila, y protegido por el cauce que cava el río Catuche que baja de la montaña, el Panteón Nacional tiene todos los atributos y condiciones para una exitosa campaña chavista. Allí se encuentran los nichos funerarios y estatuas de los personajes más influyentes de la historia venezolana: Miranda, Sucre, Bello, Monagas, Zamora... El lugar (suerte de aséptico y gigantesco túmulo, un poco a la manera de *Le Tombeau de Napoléon*) está minado de mármoles conmemorativos, placas de altísimo vuelo bolivariano, y numerosos grupos escultóricos que repiten las viejas alegorías que todavía encienden la sangre de algunos. Al fondo de la nave principal, dominada por una escultura del libertador hecha por Tenerani, y sobre una sólida base marmórea, se encuentra el magnífico sarcófago neogótico, en cuyo interior se hallan las cenizas de Bolívar. Este regio sarcófago posee una cerradura cuya llave descansa en el arca de la independencia, que igualmente contiene el acta independentista, fechada el 5 de julio de 1811. Este arca se encuentra en el salón elíptico del Capitolio Nacional (el Congreso) y sólo puede ser abierta por una sola persona, y un solo día al año. Esa persona es el Presidente de la República, y ese único día el 5 de julio.

Este ritual republicano, de riguroso contenido protocolar e inflamado de la más pura solemnidad nacionalista, se realiza a semejanza de las ceremonias más importantes del Vaticano. Por ejemplo, aquella que otorga al Papa la potestad exclusiva de abrir la puerta sagrada de la catedral de San Pedro al inicio de cada año jubilar, por aquello de: «Yo soy la puerta: el que entra por mí está a salvo» (Juan 10:9). Los Estados apoyan su edificio espiritual sobre la base de este tipo de órdenes ceremoniosas, como una forma de reiterar su legitimidad y proclamarse en la afirmación anual de sus logros e identidad soberana. En el fondo, se trata de una especie de eucaristía de religión laica, donde se consagran los símbolos nacionales más preciados y se revive (ritual y tribalmente) la gesta emancipadora que viene a ser el grado cero y el origen mismo de la «verdadera» historia nacional.

Estoy seguro de que Chávez vive estos asuntos protocolares con verdadera pasión bolivariana. Cuando muchos han perdido la fe en este tipo de ritos consagradorios, cuando los nacionalismos están sufriendo el más duro castigo internacional, el teniente coronel retirado Hugo Chávez Frías, aglutinador de un fervor poco común en estos tiempos, se entrega a estas ceremonias sin el menor asombro de reservas, en verdadera actitud devota, visiblemente emocionado.

Cada 5 de julio le tocará (ahora que es presidente) el honor de abrir el arca de la independencia. Allí reposan (ya lo hemos dicho) una llave y un texto: objetos de complejas y abisales articulaciones simbólicas. Detrás de la bandera tricolor, el escudo y el himno nacionales, se hallan estos raros tesoros. Ellos son también –qué duda cabe– símbolos patrios, pero más profundos, casi invisibles, oscuros y de connotaciones, convengamos, algo siniestras. Una llave y un texto: cifras de una lógica casi borgiana.

Acerca del acta de la independencia (que dicho sea de paso no es sino copia del original desaparecido), sólo diré que se trata de un incunable, ciertamente bañado por el sudor y la sangre de los guerreros, y que a mi juicio debiera reposar en la Biblioteca Nacional y no en el corazón del poder legislativo. En cuanto a la llave, la llave del sarcófago de Bolívar, debido a sus raras implicaciones de ultratumba, merece una atención especial.

No es común tener en las manos la posibilidad inmediata de exhumar los restos mortales de alguien. Y mucho menos hacerlo de forma tan higiénica y mecánica como bien lo permiten una llave y una cerradura. Ignoro si algún presidente de la historia de Venezuela habrá caído en semejante tentación escatológica, poniendo a prueba el tenor de sus nervios, desafiando toda atmósfera sacra. Sin embargo, la rara sensación que puede producir el curiosear en el interior de la tumba de Bolívar, ha debido hacerle temblar la mano a más de uno. Incluso la mano de los técnicos de mantenimiento del mismo Panteón Nacional que en 1886, cuando bajaban la formidable araña de cristal de Baccarat de 260 luces que domina el presbiterio del Panteón, premiada en una exposición universal de París, a objeto de limpiarla y cambiarle algunas de sus piezas: ésta súbitamente se vino abajo, se desplomó desde lo alto –dicen que de manera accidental– estrellándose contra el suelo de mármol, y despertando las sospechas acerca de la posibilidad de algún plan homicida.

No pensemos que el actual presidente Hugo Chávez Frías pudiera deslizarse hacia semejantes invenciones y disparates: ¡hurgar en la tumba de Bolívar! Estoy convencido de que su culto al Libertador pasa por un respeto monolítico, donde sólo cabe la obediencia fiel a la doctrina, y donde priva la admiración por el gesto (y la gesta) valiente, la frase memorable,